

El filósofo de la praxis

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ENTRE nosotros ha estado Henri Lefèbvre, el homónimo del obispo católico que ha dado tanto que hablar por su postura contestataria. Pero el obispo Lefèbvre se encuentra en los antipodas ideológicos del profesor de la Universidad de París, el cual ha venido al Congreso sobre "Ley electoral y consecuencias políticas", que ha tenido lugar paralelamente a las reuniones celebradas en las Cortes, que discutieron —y aprobaron con modificaciones— el proyecto de Reforma Política de Adolfo Suárez. Congreso que —como la prensa ha informado— tenía una independencia y, sin duda, una representatividad mucho mayor que el hemicycle de los herederos del franquismo.

Henri Lefèbvre es una figura de atlético y vital personaje, a pesar de sus setenta y cuatro años, con bastante más altura intelectual que física, que fue el iniciador, hace ya veinte años largos, de un marxismo límpido y sin excrescencias que sirvió a algunos creyentes como yo para sanear su mente de interpretaciones erróneas y caricaturescas hechas por muchos sedicentes especialistas católicos, que todavía siguen hoy —hasta en nuestro país— intentando crear una imagen de Marx que más parece las caricaturas fantasiosas de Don Quijote que un estudio serio y objetivo.

El profesor francés es, para mi gusto, demasiado poco conocido por los españoles, a pesar de sus trabajos siempre de actualidad y cada vez aumentados por nuevos libros —como el último sobre El Estado moderno— todavía de mayor agudeza de análisis social y humano, y que debía ser más leído y meditado entre nosotros, porque no sólo no ha perdido actualidad, sino que resulta cada vez más actual.

Es verdad que es una figura polémica, por su vertiente —según él confiesa— doctrinalmente más a la izquierda hoy que el Partido Comunista Francés, al cual perteneció durante muchos años. Pero su pensar es siempre estimulante y la historia de la modernidad —a la cual tantas páginas inteligentes ha dedicado— deberá tenerlo muy en cuenta.

Yo aprendí de él a leer a Marx con ojos independientes y a no recordar ninguno de los carteles de "prohibido el paso" o "se prohíbe blasfemar", con los que habían etiquetado al fundador de la sociología científica casi todos mis jerarcas y maestros católicos de mi juventud. Y por eso le estoy agradecido.

Su lógica, no sólo expuesta en un buen libro, sobre lógica formal y lógica dialéctica, al que dedica profundas páginas, sino sobre todo en la forma de abordar to-

dos los problemas, supone algo más que el simplismo que se nos metió en la cabeza durante nuestra formación católica. De él se aprende a no creer por más tiempo en esa lógica ingenuamente lineal, de un simplismo clasificador y de un infantil modo bivalente de entender el mundo, que se parece mucho a los silogismos propios de los niños (el silogismo correspondiente al nivel mental de un niño de ocho años, según las investigaciones de Piaget), al afán de encasillar a todos los seres en buenos y malos (como hacen nuestros hijos pequeños ante las películas del Oeste) y al deseo de definir las cosas por un sistema muy parecido al que usaba Pero Grullo, quien se quedaba tan satisfecho —creyendo haber ahondado en la realidad— llamando a la mano cerrada puño.

Para él, la Filosofía nada tiene que ver con los grandes y pesados tomos que indigestaron hace años nuestra inteligencia y nuestro gusto, evadiéndonos de la realidad cotidiana. El concibe la Filosofía como "un inventario prospectivo de los resultados más generales del desarrollo humano, como imagen y proyecto del hombre". Algo sumamente estimulante para la construcción de las bases de una nueva sociedad y de un nuevo hombre que —por fin— sea él mismo.

Porque su pensamiento nunca es elucubración vacía ni idealismo engañoso —se trate de la sociedad o del hombre—, sino eficacia, crítica radical y universalismo "fundado en la praxis". Hace vivir profundamente este concepto de la praxis, que es fundamental para salir el hombre de su inoperancia real de cara a un porvenir satisfactorio, y lo hace mirando al mundo y a la sociedad, y no a las nubes. Praxis que no cae nunca en el simplismo americano del pragmatismo, sino que es "un ciclo perpetuamente recomendado", que "incluye la unidad de la teoría y de la práctica".

También nos enseña otra cosa muy importante: que no debemos pretender convertir nuestros anhelos en un proyecto abstracto, creyendo así que hemos hecho algo por el futuro. Sino que nuestra reflexión, enraizada siempre en lo real —se llame modelo social, sentido de la vida o valores morales—, debe "abrir una ruta, ya que el camino se construye por sí mismo"; debe ser una realidad en marcha y no una idea de laboratorio. Lo que hace falta es ayudarlo, desbrozarlo y darle un fuerte estímulo. Pero ni siquiera la moral es un catálogo más o menos ingenioso o elevado: es la misma "realidad" vista dinámicamente, en la cual se encuentra "el fundamento de los valores humanos". ¿Por qué? Porque si se vive y profundiza

en ella a través del vivir cotidiano, encontramos que la realidad como tal, y en su fondo, "no es inmóvil" ni tampoco "está dada de una pieza"; lo real es base —en su dinamicidad así descubierta— y cauce para "el desarrollo del hombre", para su eclosión.

Así, en Lefèbvre —para quien lea despacio su pensamiento— se descubre, quien medite sus páginas, un nuevo sentido y riqueza de la "cotidianidad"; una valoración de lo sencillo sin niñerías y una profunda crítica de la deshumanización de la relación humana, sin caer por ello en simplismos.

Enseña a desechar todos los "fetiches ideológicos", y —entre ellos— el fetiche que es muchas veces la religión, tal y como lo ha sido y todavía lo es ese catolicismo que se nos enseñó en nuestro país. Religión alienadora para muchos españoles porque se presenta en forma coaccionadora de la intimidad, o cercenadora de la riqueza del hombre en cuanto hombre, o que induce a sus seguidores a no creer nunca verdaderamente en el ser humano, sino a desconfiar siempre de él por haber aprendido una doctrina religiosa decepcionadora, la del llamado pecado original, que tal como se enseñó nunca da verdaderas posibilidades espontáneas y usuales más que para lo negativo, lo rastro o el afán de dinero. Desconociendo que es precisamente nuestra sociedad —la que vivimos en Occidente— la que por todos los caminos induce decisiones egoístas, alicientes materiales cuantitativos y excluyentes de los demás y luchas agresivas motivadas por afanes egocéntricos de lucro.

Lefèbvre no es enemigo de la modernidad, sino del modernismo. Porque la "modernidad" es hoy un hecho en marcha de la cultura del presente que —como tal modernidad— "va más allá de la moda y de la excitación superficial de novedad". Modernidad que está latente en todos los niveles y hay que detectar y desarrollar sin caer en lo anecdótico, porque carece de trascendencia, ni tampoco caer en las redes superficiales de lo "snob". Modernidad que puede producir —si bien se estimula— una revolución crítica, dando paso a una nueva creatividad social, si aprendemos a vivirla en todos los campos.

Esto ha sido —desde hace años— Henri Lefèbvre para mí, y creo que debería serlo para otros muchos que se liberen de prejuicios. ■